

Estado. Es preciso... emplear toda la autoridad temporal para atraer á los salvajes entre los franceses, lo cual puede hacerse por medio de los matrimonios y de la educación de sus hijos.»

Por esto pedía á los sacerdotes del seminario y á las Ursulinas de Quebec que le ayudaran á fundir en una sola las dos especies de hombres. Las Ursulinas, que se dedicaron á educar niñas salvajes, recibieron mil libras de parte del rey y el siguiente cumplimiento de Colbert por la caridad que hacían á aquellas criaturas: «No hay limosna ni caridad más digna que esta de ser recomendada á todos los habitantes del país.»

Fué aquel un episodio curioso en la historia del eterno conflicto entre el poder temporal y el espiritual. Unos religiosos que habían bautizado á un pueblo querían mantenerlo en el estado de inocencia bajo su protección bondadosa y fundaban en aquel país nuevo, como la cosa más natural, una teocracia, por ser este su fin propio y la perfección de las cosas. Colbert gobernaba con miras terrenales, y por esto al ser dueño de un país quería darle valor y quería, á este fin, que los hombres trabajasen, produjesen, ganasen dinero y llegasen «á la felicidad.» Pero mientras iba en busca de lo útil encontraba una idea hermosa: constituir con elementos diversos, con franceses y salvajes, un solo pueblo «que viviera en el espíritu de humanidad» por medio de un gobierno paternal.

El rey, sin embargo, hizo comprender á Colbert que se adelantaba á su tiempo y que no había llegado aún el siglo de las ilusiones filosóficas; efectivamente, el asunto de los aguardientes fué llevado ante Luis XIV, quien encargó á su confesor y al arzobispo de París «que examinaran la dificultad» y resolvió en contra de la opinión del ministro.

Colbert habría querido, como es de suponer, poner en la población francesa del Canadá más orden del que convenía. Los colonos estaban diseminados: «han fundado, dice, sus viviendas donde se les ha antojado, sin tomar la precaución de unir las unas á otras y de hacer sus roturaciones progresivamente para mejor ayudarse entre sí en caso de necesidad;» un gran número de ellos hacen la vida de «exploradores de bosques,» y esa «insubordinación,» ese «libertinaje» les exponen á hacerse asesinar por los iroqueses. El ministro ordenó que, «en cuanto fuese posible, se redujeran las viviendas en la forma de nuestras parroquias y de nuestros burgos;» en esto reaparecía la tendencia á la asimilación; pero en el gobierno económico del Canadá, Colbert obró muy cuerdatamente inspirándose, no en sus ideas y en sus costumbres, sino en la naturaleza misma del país y en las conveniencias de la colonia.

Como «la salubridad de las aguas y la vasta extensión de las praderas» predisponían aquella región á la cría del ganado, envió allí convoyes de reses, esperando poner al Canadá en condiciones de surtir de carne á la población de las Islas. Los árboles de los inmensos bosques canadienses eran «á propósito para proporcionar palos de buques;» pues bien: se abrirán «talleres para construir barcos para el rey,» y los canadienses los construirán para sí y para las Islas. Colbert ordenó «la explotación de las minas de hierro» que habían de evitarnos el comprar ese metal en Suecia y de permitirnos establecer en el Canadá fundiciones de cañones, y

aconsejó el establecimiento de manufacturas de alquitrán y de potasa, materias éstas que podían obtenerse de aquel país forestal.

Si, por el contrario, algunos agentes afanados por complacerle le proponen la instalación de manufacturas de telas y de droguetes, responde: «Esos establecimientos sólo pueden hacerlos el número de habitantes y la necesidad; es preciso, pues, dejar obrar á la industria y procurar, sin embargo, ayudar en todo cuanto sea posible á los que quieran dedicarse á ella.» Habiéndole suplicado un gobernador de las Islas que legislara sobre toda clase de materias, no quiso hacerlo:

«Respecto de todas las proposiciones que hacéis para impedir que los habitantes tengan deseos de regresar á Francia, para hacer emigrar á las Islas alistados y pescadores, para enviar á ellas frutos de Europa, para remediar las malas inclinaciones de los habitantes, para llevar allí médicos y para otras muchas cosas contenidas en vuestros despachos, Su Majestad quiere que por todo remedio á esos males apliquéis toda vuestra actividad y todo vuestro ingenio á los tres siguientes puntos: á la expulsión entera de los extranjeros; á la libertad de todos los franceses y á cultivar con gran cuidado la justicia y la policía en las Islas; y, por añadidura, que dejéis obrar el deseo natural que tienen los hombres de ganar algo y de acomodarse.»

Decía, además, Colbert, que no depende «del poder del rey, por muy poderoso que sea, poblar por fuerza las Islas,» y que «Su Majestad no opina que deba obligarse á los habitantes á hacer aquello á que no se sienten inclinados.»

En una palabra, recomendaba casi el «dejar hacer» en las colonias, demostrando respecto de éstas menos prisa que respecto de la metrópoli, en donde era preciso producir en seguida para vender; y hasta renunciaba á su predilecta teoría sobre la necesidad de retener el dinero en Francia. Después de haber comenzado por convertir en utensilios y mercancías el numerario destinado al Canadá, añadió que Su Majestad reflexionaría sobre la proposición de «hacer fabricar una moneda especial para el país del Canadá,» y que él la consideraba «buena y ventajosa.»

Del sistema aplicado en Europa, sólo quedaba «la máxima de excluir á los extranjeros,» que consiste «en que todo barco extranjero ó francés cargado de mercancías en país extranjero, incluso en las islas vecinas, y que abordara ó navegara en las inmediaciones de las Islas, fuese confiscado.»

Las comunicaciones de los holandeses con nuestras colonias se hicieron muy difíciles; sólo de lejos se les veía y estaban «en alto grado espantados.»

En cambio quería el ministro que todas las partes de nuestro imperio americano estuviesen unidas entre sí por medio del comercio.

«Si la navegación de las Islas al Canadá y del Canadá á las Islas llega á ser cosa ordinaria..., los pueblos de una y otra colonia no podrán menos de obtener varias considerables ventajas de ese mutuo tráfico.»

Colbert soñaba con grandes conquistas coloniales. Dos años antes de la guerra de Holanda, recomendaba al gobernador de las Antillas que facilitase armas á los caribes de las islas holandesas, á fin de ponerlos en condiciones de sublevarse contra sus amos; ordenaba

que se poblara bien la Granada, «la isla más próxima á la tierra firme de América y que puede ofrecer los mayores medios de emprender en ésta algo importante» contra los españoles; estimulaba la exploración de La Salle, que iba á descubrir el curso del Mississipi, y examinaba un proyecto para reconocer el río llamado «La Plata.»

En su imaginación se precisaba el plan de un imperio colonial que abarcara en América el Canadá, la Acadia, las Antillas y muy pronto también la Luisiana, y al otro lado del Océano las factorías de África. Colbert indicaba como puntos que debían ocuparse Santa Elena, el Cabo (1), la isla Mauricio, Ceilán, Singapur y Adén; comenzaban á establecerse factorías en las costas del Indostán y se iniciaban relaciones con Siam, Gran Mogol y el Japón. Recordemos lo que esperaba de la compañía de Levante y de la de las Indias Orientales y el proyecto de unir las dos rutas de la India en Alejandria. Era todo el mundo abarcado con la mirada en el momento en que tanto quedaba por conquistar todavía y en que no se había decidido aún á quién pertenecería el mar.

Pero surgió la fatal guerra de Holanda y Colbert se vió obligado á escribir, en junio de 1673: «Su Majestad no puede este año prestar ayuda alguna al Canadá á causa de los grandes y prodigiosos gastos que ha debido hacer para el sostenimiento de más de doscientos mil hombres y de cien buques y veinticinco galeras;» por otra parte, dice, «los grandes asuntos que sobre mí han pesado durante el último invierno y hasta la partida del rey, no me han permitido examinar tan á fondo como habría deseado los negocios de ese país.» Finalmente en 1674 participa el intendente que no cuenta ya con la ayuda del rey:

«Habiéndose visto Su Majestad abandonado por el rey de Inglaterra y estando obligado á sostener tan grandes ejércitos, no puede tener el mismo poderío por mar, y como se ha limitado á poner cuarenta buques en el Océano y treinta con veinticinco galeras en el Mediterráneo, los holandeses dominarán en todos los mares.»

Y sin embargo, también en este punto el esfuerzo de Colbert produjo felices resultados. En el Canadá consiguió un notable aumento de población, pues el número de colonos, que era de 2.500 en 1663, alcanzó en 1674 la cifra de 6.705 hombres, mujeres y niños. Pero Colbert esperaba más, porque sabiendo que desde 1659 á 1673 habían sido enviadas allí unas 4.000 personas, creía que al hacer el censo debían haberse «equivocado considerablemente.» Todavía en 1676 no quiere dar crédito á las cifras que ha recibido:

«Su Majestad no puede convencerse de que el censo que habéis enviado pueda ser verdadero, pues no es posible que en todo el Canadá no haya más que 7.832 personas, 1.120 fusiles, 5.117 animales de cuernos y 21.237 arpentas de tierra en cultivo. Necesariamente ha de haber un número mucho mayor, y Su Majestad espera que el nuevo censo que habéis hecho este año será mucho más amplio.»

La población, empero, aumentó de año en año: en

(1) En 1666 y en 1670 hubo en la bahía de Saldanha postes con las armas de Francia que fueron derribados por los holandeses.

1680, á pesar de haber cesado desde 1673 el envío de inmigrantes, la cifra de aquella es de 9.400 almas; habiendo sido bautizados 404 niños y enterrados 85 muertos solamente; en 1683 se eleva á 10.251. Colbert es el fundador de la población canadiense francesa, que se cuadruplicó durante su ministerio.

En las Antillas, la población se duplicó y el cultivo de la caña de azúcar llegó á ser productivo. Colbert escribía en 1670:

«Vemos un número mayor de buques franceses que solicitan permisos para ir á las Antillas y vemos asimismo que el número de refinerías aumenta todos los días en el reino. Los extranjeros ya no nos traen azúcares para nuestro consumo y aun, desde hace seis semanas ó dos meses, comenzamos á enviárselo nosotros á ellos.»

El comercio entre las colonias se desenvolvía: en 1671, el rey se felicitaba de que la colonia del Canadá estuviera «no sólo en condiciones de sostenerse á sí misma, sino también de proporcionar á las Islas francesas de América una parte de lo que éstas necesitan.» Calculábase que anualmente iban de Francia á las Antillas 159 buques.

VI.—Recapitulación sobre el gobierno económico

El gobierno económico de Colbert fué la lucha de una voluntad muy enérgica y de un sistema de ideas bien enlazadas contra hechos y hábitos que se defendieron. Las resistencias parciales las hemos encontrado y señalado al estudiar cada una de las partes de la obra colbertista: hacienda, agricultura, industria, comercio, colonias; pero Colbert tropezó con una resistencia general que fué, si así puede decirse, la de la naturaleza y de la historia.

El fin á que tendía todo el sistema era procurar á Francia, mediante un acrecentamiento de trabajo, un aumento de riqueza; pero Francia, que subvenía con sobrado desahogo á sus necesidades con su riqueza natural, no quiso recargar su trabajo. Colbert tachaba el humor nacional de «ligero» y de «inquieto», es decir, de versátil é inconstante, y lo consideraba, por ende, incapaz de empresas extraordinarias y difíciles; pero la misma facilidad de encontrar su subsistencia es lo que dispensa á Francia de los largos esfuerzos que enseñan el hábito de la disciplina y de la constancia. Por lo demás, es cierto que no somos un pueblo ávido de ganancia; las cuestiones de dinero no han sido nunca las que más nos han interesado.

Colbert confesaba que «la aplicación al comercio,» desdeñada por los Estados poderosos, constituía «el carácter de los Estados débiles;» y entre los Estados «poderosos» ponía á los reyes de Francia en compañía de los emperadores romanos y de los reyes de Asia. La rica corte de Francia había comenzado en el siglo XVI «la gran orgía,» como decía Brantôme, y el rey, pomposo, solemne, elevado, desdeñaba los mediocres problemas de economía. Colbert admiraba á Luis XIV porque accedía á escuchar la lectura de «largas memorias» que «á cualquier otro aburrirían» y porque se interesaba por «materias fastidiosas... y que no dan ningún gusto;» pero hartó sabía que el monarca escuchaba y se interesaba por deber y por cortesía y que sus preferencias eran para la gloria y la magnificencia.

Francia, á la vez continental y marítima, es un ser anfíbio, incitado al doble esfuerzo por tierra y por mar, de ricos pero peligrosos destinos. Colbert habría querido que hubiese obtado por el mar y hacia el mar convergen todos sus esfuerzos; pero desde que en el siglo X París fué la capital de un reino cuya frontera no pasaba del Somma y del Mosa, nuestros reyes se vieron obligados á alejar, por el Este y por el Norte, la frontera demasiado próxima. Todavía en el siglo XVII París tenía el enemigo á sus puertas, y un accidente como la toma de Corbie, en 1636, pareció poner en peligro al Estado. Toda la atención de los reyes y de la nación se fijó en aquellos puntos del horizonte y Francia adquirió el hábito de la guerra terrestre perpetua; de aquí que la historia de nuestras costas oceánicas y mediterráneas parece escrita al margen de nuestra historia principal, y aunque revela la energía de nuestros marinos y está llena de narraciones de hazañas y de aventuras, París no se interesaba en ella. Francia volvía la espalda al mar y no estaba en manos de Colbert hacer que volviese la cara al Océano; y en cuanto á que hiciera frente al mar y á la tierra á la vez, la experiencia le demostró que sus fuerzas no eran bastantes para ello. Todas sus empresas fueron arruinadas ó se vieron comprometidas por la guerra de Holanda; no era aquella la primera vez que tal demostración se presentaba y tampoco había de ser la última.

Colbert, que decía que en Francia «ni la generalidad ni los particulares se han dedicado nunca al comercio,» vió oponerse á su voluntad toda clase de obstáculos; mas no por eso su voluntad desmayó.

Menospreciando la diferencia de lugares, creyó que prosperarían en nuestro país empresas que en otros prosperaban; que, por ejemplo, una compañía francesa de las Indias Orientales haría fortuna como su homónimo de Holanda. La compañía holandesa nació en un país situado junto al agua, del agua y debajo del agua, que sólo en el mar podía vivir y cuyas costumbres políticas permitían y sostenían la libre actividad de los comerciantes. A fines del siglo XVI algunos ciudadanos de Amsterdam habían formado una compañía de los «Países lejanos» que había enviado á las Indias cuatro buques, tres de los cuales regresaron con magnífico cargamento de nuez moscada, clavo y canela. En vista de esto, fundáronse otras sociedades, y como resultado de ello afluyeron las mercancías y los precios bajaron; entonces el gobierno intervino para proponer á las compañías que se juntaran en una sola, como así lo hicieron. Pero la compañía de las Indias Orientales fué, como eran las mismas Provincias Unidas, una especie de federación republicana y estaba administrada por Cámaras, Cámaras de Amsterdam, de Zelanda, de Delft, de Rotterdam, etc.; el Estado no la gobernaba, sino que la secundaba con su política, que era una política comercial, pues Holanda estaba regida por burgeses. La compañía holandesa de las Indias Orientales era, pues, el producto natural del país y del Estado de Holanda; la compañía francesa era en todo opues-

ta á ella, como opuestos eran los dos países y los dos gobiernos.

Colbert, por otra parte, olvidaba que el tiempo no consagra ninguna obra en la que los hombres han querido prescindir de su concurso. Cierta que en una ocasión en que proponía al rey una gran reforma decía que no podría realizarse en un día, «ni en diez años, ni en veinte años;» pero añadía que el rey era joven y le prometía una vida larga: «Vuestra Majestad vivirá mucho tiempo.» Indudablemente creyó en la posibilidad de que una persona destruyese los innumerables privilegios y preocupaciones que se oponían á la reforma de la fiscalización ruinosa é injusta, apartaban del trabajo y embarazaban al trabajador, y regenerase de este modo en algunos años una sociedad muy vieja; diríase que entiende tener que habérselas, en su gobierno, con seres abstractos, con el hombre cartesiano, libre y capaz de obedecer á la voluntad.

Porque tenía el espíritu filosófico intentó lo imposible, y porque todas las partes de su obra se aguantaban emprendió tantas cosas á la vez; pero no se dejaba engañar del todo por su gran ilusión. Quiso mucho para obtener á lo menos algo, que realmente obtuvo, y en ninguna parte fué inútil su esfuerzo.

Si hubiese logrado mejor éxito, si hubiese podido siquiera dar á la sociedad francesa y á la realeza una nueva dirección, el porvenir de la monarquía habría cambiado. La administración de Colbert revela á nuestros ojos, detrás del brillante cortejo de la corte, de los grandes ministros, de los generales vencedores, de las artes y de las academias panegiristas y de los obispos predicadores, la muchedumbre de mediocres y de pobres, vejados por los funcionarios de la hacienda y ligados enteramente por reglamentos y abusos, que son los que pagan los esplendores y para quienes es un asunto importante el atender á las más precisas necesidades de la vida. Ese «estado violento,» frase de Colbert que volveremos á encontrar, no podía ser eterno; por esto la historia de su administración es hermosa como un drama. Oyéndole repetir, al final de su existencia, todos los lamentos de los primeros días, se comprende que su ministerio fué para la monarquía un momento crítico. Quería repartir las cargas más equitativamente y aliviar de este modo á los miserables; con su arremetida contra los privilegios y las fronteras interiores preparaba conscientemente la unidad nacional, y cuando con dos razas humanas tan diferentes quería constituir en el Canadá un pueblo, elevábase á la idea de humanidad. Después de él perduran y se agravan los abusos, las quejas se reproducen y se exasperan, la nación moderna trata de formarse en medio del desorden acumulado en el transcurso de los siglos, y la igualdad, la justicia y la humanidad llegan á ser potencias de oposición invencible. Quizás si la monarquía francesa hubiese podido ser salvada, Colbert habría realizado ese milagro; pero no es tiempo aún de formular un juicio definitivo sobre ese grande hombre á quien volveremos á encontrar en todas las partes del gobierno de Luis XIV.

LIBRO CUARTO

EL GOBIERNO POLÍTICO

CAPITULO PRIMERO

LA REDUCCIÓN Á LA OBEDIENCIA

I. El régimen de la prensa.—II. Lucha contra toda especie de autonomía

Hemos dicho anteriormente que la cuestión capital del reinado de Luis XIV es el modo cómo éste y Francia acogieron el ofrecimiento de Colbert; al presente sabemos que el ofrecimiento fué mal acogido. La monarquía francesa no realizará, pues, la cosa nueva que le proponían, á saber: organizarse para el trabajo, enriquecerse por el trabajo y dominar el mundo merced al poder de esa riqueza. No haciendo esto, quedaba el camino de que el rey continuase el viejo régimen, que consistía en procurarse una autoridad más fuerte, una obediencia absoluta y pronta, y en concluir el Estado, tan imperfecto todavía. A ello dedicó toda su actividad el gobierno de Luis XIV.

I.—El régimen de la prensa (1)

El día 8 de marzo de 1662, el rey escribía al gobernador de la Bastilla:

«Habiendo dado mis órdenes al lugarteniente civil en el prebostazgo y vizcondado de París para hacer prender á todos los que sin permiso se meten á hacer ó vender gacetas y á despachar noticias por escrito, y deseando que sean guardadas con seguridad, os dirijo esta carta para deciros que mi intención es que recibáis y hagáis habitar en mi castillo de la Bastilla á todos aquellos que allí envíe el lugarteniente civil, sin oponer á ello ninguna dificultad.»

Al día siguiente, 9 de marzo, el rey escribía al señor de Lessaint, encargado de negocios de Francia en varias cortes alemanas:

«El señor de Lionne me ha comunicado lo que le decís del perjuicio que causan á mi servicio los que

(1) FUENTES: Isambert, *Recueil...*, t. XVIII y XIX. Clement, *Lettres...* t. IV. Depping, *Correspondance...*, t. II. Ravaisson, *Archives de la Bastille*, París, 1866-86 16 vol: Para este capítulo se han utilizado documentos inéditos especialmente el *Registre des deliberations du conseil de police*, Bibl. nac., ms. fr. 8118.

OBRA DE CONSULTA: Delamare, *Traité de la police*, ya citado. Hatín, *Histoire politique et littéraire de la presse en France*, t. I á III, París, 1859. Del mismo autor: *Bibliographie historique et critique de la presse périodique française*, París, 1866. Clement, *La police sous Louis XIV*, París, 1866. F. Funck-Brentano y d'Estrées, *Les nouvellistes*, París, Hachette, 1905.

hacen gacetas á la mano, lo cual me ha obligado á dar inmediatamente órdenes para que cese ese abuso mediante el castigo de los autores de tantas imposturas.»

En febrero de 1663, la *Gazette de France* publicaba el siguiente aviso:

«Esta semana, uno de esos que, contraviñendo las prohibiciones tan reiteradas, se meten á escribir y á distribuir noticias manuscritas, ha sido fustigado en las plazas de esta ciudad por sentencia de policía, que le condena también á destierro perpetuo; lo cual ha de dar á comprender bastante á los demás de su profesión, que no hay el propósito de aflojar en la persecución que ha sido comenzada y señalada por semejantes ejemplos.»

Esas amenazas y esas advertencias iban dirigidas á los libelistas de Francia y del extranjero. En Francia los libelos eran impresos por medio de prensas clandestinas, ó copiados á mano, y distribuidos entre el público por vendedores callejeros; otros llegaban del exterior (2), principalmente de Holanda, en donde la ciudad de Amsterdam era un mercado europeo de librería, uno de cuyos mayores clientes era París. El oficio de libelista era productivo: «La holgazanería y la curiosidad indiscreta de los hombres, decía un decreto del Parlamento, dan tal salida á esa especie de tráfico, que esos impostores públicos sacan de él gran provecho.»

Colbert, por su temperamento de autoritario y porque se veía maltratado por los libelistas y sabía que no siempre mentían, decía que era «una de las cosas más importantes en el Estado» «impedir en lo porvenir la continuación de tales libelos» y ordenaba á los intendentes que «rompieran enteramente ese comercio.» Quiso impedir la entrada en Francia de los libros impresos en el extranjero, y al efecto se ordenaron visitas de aduana; algunos embajadores influyeron cerca de los gobiernos para lograr que ciertos libros fueran prohibidos, y se enviaron á los países vecinos agentes que compraran y destruyeran los ejemplares de escritos escandalosos. Y aun sucedió que el embajador de Francia en La Haya atrajo á un gacetista á una emboscada y lo envió preso á Francia.

Colbert no podía satisfacerse con medidasa doptadas

(2) Respecto de los libelos publicados en Alemania, véase Zwiedineck-Südenhorst, *Die öffentliche Meinung in Deutschland im Zeitalter Ludwigs des XIV^{ten}*, Stuttgart, 1888. Haller, *Die Deutsche Publizistik in den Jahren 1668-1674*, Heidelberg, 1892.